

## EN POS DEL SECRETO DE LA MALAVENTURA DEL ROMANCE\*

Por Héctor Incháustegui Cabral

El conquistador español trajo a las tierras americanas, junto a la espada y la cruz, los romances. Cada vez que tuvo que acercarse, para establecer semejanzas o para marcar diferencias, a uno de los héroes cuyas glorias se cantaron en la Península, echó mano del romance: hablaba así en términos de todo el mundo, con palabras y calificativos bien conocidos y con un valor fijado de antemano.

Pero —y es aquí en donde comienzan a abrirse los caminos que pueden llevar a una explicación más satisfactoria del por qué de no haber prendido entre nosotros el romance— el género no hizo la misma fortuna en las distintas regiones hispanoparlantes del Continente. Menéndez Pinal en su libro *Los romances de América* así nos lo hace sospechar.

¿Y qué es lo que influye en cada una de estas regiones para que el índice de absorción, de aclimatación y de cultivo varíe tanto? Cuando se tenga más material, pues actualmente se dispone de relativamente poco, se estará en mejores condiciones para poder determinar, sobre el mapa mismo, esos índices y las zonas donde prende, se transforma o es rechazado.

El libro, interesantísimo, que acaba de publicar el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, *Del Romancero Dominicano*, y particularmente lo que se afirma en el prólogo, nos ha puesto a pensar que muy bien puede haber otra explicación de ese por qué. Pero vayamos por partes.

### *Consideraciones generales*

Mientras menos lírica es una sociedad más condiciones externas tiene que exigir a la obra poética. Y se explica: para los hombres de

---

\* Reproducido de Cuadernos Dominicanos de Cultura. — No. 1 — Sept. de 1943.

sensibilidad menor y de escasa preparación la poesía es, particularmente, una forma de combinar palabras de manera tal que produzcan elementales efectos musicales que las regulares combinaciones no consiguen. El contenido poético les importa poco y tiene que parcerles, si se le señala, como algo de muy segundo plano, y a veces, hasta estorbo.

La historia de las formas líricas tiene una importancia extraordinaria porque muy bien se puede seguir gracias a ella algo que es paralelo al desenvolvimiento de las mismas: el crecimiento de los conocimientos del poeta y los de su público. Para llegar de la cuadernavía al verso amétrico, pasando por aquellas vueltas y revueltas de la silva y de la lira, ha sido necesario que transcurran muchos siglos y que el Parnaso se haya poblado y despoblado más de un centenar de veces.

Por otra parte: toda decadencia, en el orden poético, está señalada por una aparición excesiva de reglas, por el florecimiento de monstruosos artes de poetizar. La poesía es buena hija de la intuición que emplea ciertos conocimientos del poeta, los cuales recibe no en función de tal sino como de simple hombre que necesita que los demás le entiendan a derechas. Esto, que nos comprendan, por otra parte, no es tan fácil como parece, y los recursos que se necesitan son más de uno, y alguno de esencia y estructura mal conocidas. Pero cuando el precepto madura y se hace ley, dragón de mitología sin San Jorge a la vista, casi lo ahoga todo. Entonces no queda más recurso que buscar al libertador. La historia de la poesía es, también, la historia de la aparición, reinado y desaparición de estos dragones.

La necesidad de comunicación, que si no se llenara siquiera en parte convertiría al poeta en una suerte de hombre que habla en lengua que no es de todos, puede que levante tropezadores en el camino del poeta y que su inspiración pierda altura por el solo lastre que esa necesidad es de sí: las reglas siempre han sido barreras y en algún caso, medios para el poeta hacer pruebas de fuerza, pero en el orden de la mecánica de arte nada más.

Los períodos finales de un peculiar modo de la poesía, de un género o de una escuela, se ponen de resalto por un exceso de preciosismo, que no tiene que ser siempre externo, y alguna vez, como en el insigne caso de Góngora, por un arte estructural en el cual las palabras, su significación y los sonidos que las componen, se tratan como meros materiales plásticos. De aquí comienza un puente

que pretendió unir a la poesía con la música considerada, precisamente, como arte plástico.

Hay momentos, además, en que la preceptiva, por una falsa comprensión, nos parece la peor enemiga de la poesía en sí cuando en rigor es su escuela de defunción. Veamos un caso: cuando en Tolosa y en Barcelona se quiso revivir la poesía trovadoresca lo único que se logró fue anunciar con bombos y platillos que había muerto. Aquellos dos balones de oxígeno sirvieron para bien poco y los “artes de trovar” fueron, a lo sumo, otros tantos responsos para librar al bello cuerpo muerto del peso de sus pecados. Todo cuanto más tarde se hizo, o se intentó hacer, corresponde al género de las experiencias de Mesmer con las ranas.

### *De vuelta al punto de partida*

Rodríguez Demorizi, con el prólogo de su obra ha dado material para que pueda llevarse al terreno de la discusión aquella afirmación de que el romance no pudo renacer entre nosotros porque “lo desplazó la décima, como metro popular”.

La ciencia —dice Ortega y Gasset en *Espíritu de la Letra* comentando *Los orígenes del español* de Menéndez Pidal— consiste en substituir el saber que parecía seguro por una teoría, esto es, por algo siempre problemático: “ciencia es aquello sobre lo cual cabe siempre discusión”.

Para discitur su aserto científico, no pretendemos ser científicos sino lanzar una teoría que tiene, precisamente, como base cuanto hemos dicho ya.

El romance que trajo a la Isla el conquistador murió por anquilosis, de otra manera no se explicaría por qué dejó tan pocas huellas en los intentos que hubo de cultivar el género. Hay, pues, en nuestros primeros pasos en la lírica y en las ulteriores manifestaciones de esta vida poética una suerte de punto muerto. Por eso carece de inmediato término de comparación, de punto de arranque, de trampolín de donde saltar hacia la aventura que pretende, de real continuidad.

Salimos al camino, pues, mal avisados y echamos a andar de la peor de las maneras. Tuvimos que ser poco poetas porque fuimos muy apegados a las reglas, a todas las reglas. Hicimos versos conforme a las recetas en boga, y como adolescente pretencioso elegimos las

fórmulas más complicadas, las más problemáticas de la farmacopea poética.

### *En otros términos*

Pasemos rápidamente unas cuantas páginas y detengámonos en dos momentos muy interesantes de la lírica dominicana —para darle un nombre presuntuoso que bien se merece— el modernista y el postumista. ¿Qué hacen las liras capitales de uno y otro bando? Eliminar las exigencias de los credos de sus antecesores. Para establecer otros —se dirá. Bueno, siempre será así puesto que hasta aquellos que no los tienen, o que simulan no tenerlos, tienen cuando menos el que corresponde a todos los ateos líricos.

Modernistas y postumistas entraron a negar. Nuestros primitivos poetas no tuvieron que negar nada porque no tenían nada por delante. Su misión fue echarse sobre los hombros todas las reglas y respetarlas, más luego vendrían quienes, con el tiempo, se encargarían de eliminarlas y sustituirlas.

Entre nosotros, pues, la décima prendió y halló cultivadores abundantes, aunque no tan felices como generalmente se cree, con algunas excepciones naturalmente, porque el poeta carecía de verdadero nervio lírico y porque el pueblo no estaba preparado para gustar una poesía relativamente desnuda de asideros exteriores. Hay más: el frecuente caer en los tonos sarcástico e irónico —géneros de decadencia ambos— puede darnos otro patrón para medir nuestro retraso, el infantilismo esencial que padecemos en nuestra primera salida al mundo de los versos.

### *Los romances de encargo*

Precisamente a nosotros correspondió dar —triste destino— la puntillada a un movimiento que nació muerto: el de los romances históricos de encargo. Un grupo de poetas, cada uno por sí muy respetable pero todos y por la empresa tontos de reir, pretendió llenar el vacío que en nuestra épica dejaron los cantores del siglo XIX y de principios del XX. A su leal entender contando aquellos, como indudablemente contaron, con un material tan rico de posibilidades como el que suponen las guerras intestinas y el estilo de hombres y de vida que estas produjeron, no lo supieron o no pudieron aprovecharlo líricamente. Y ellos, en su calidad de naturales herederos de los cantores en deuda, resolvieron por este medio tan expedito y tan cómodo “levantar del suelo enfangado —para decirlo

con la pomposa frase con que lo calificó una de las cabezas visibles de la gran tontería— la bandera para llevarla a las cimas de gloria que merecía”.

La defensa, vehemente, salida del ordinario carril por donde debe correr la medida, particularmente cuando entre hombres de letras anda el juego, se estrelló contra el ambiente que engendró la buena fortuna que hizo una frase y contra el gusto con que fue recibido en algunos círculos un romance nuestro, que no se publicó ni se publicará, en que llamamos al muñeco “polizón sentimental”. Es cierto que don Enrique Henríquez y Emilio A. Morel lograron romances de muy apreciables excelencias echando mano, el primero, de Perico Pepín, y el otro, de Corderito, héroes que cruzaron velozmente por una edad de leyenda y de sangre, de mezclada sangre de hermanos, y dignos por su carácter de una causa mejor; pero no es menos cierto que contra ese par de triunfos aislados pudieron mucho los errores y caídas de los demás. Y se les veía, hasta a los cibaños, el plumero gitano, la extraña marchosería, el ajeno perfil.

Por otra parte, ya había hecho su salvadora aparición el postumismo y con las últimas protestas a los viejos de la sensibilidad levantaba segura su alba torrecita el nuevo estilo de hacer versos. Creemos, también, que el esfuerzo estaba dirigido no sólo a una finalidad que podríamos llamar de recuperación de personajes, sino, asimismo, a restar al versolibrismo algunas de sus mejores conquistas. Tenía, pues, mucho de conspiración literaria, de disfrazada revolución que ofrece tácitamente una vuelta a los viejos órdenes.

Después de la aventura los molinos siguieron siendo molinos y los pobres poetas, derrengados y con el pecho esta vez vacío de esperanzas, se volvieron a casa, a echarse en brazos de sus modestos vicios solitarios, sin saber cómo emplear la popularidad que el romance había logrado al salir, rehecho y cargado de nuevas gracias, de las milagrosas manos de Federico García Lorca.

La frustrada aventura, de la cual fueron parte hombres serios y poetas de una holgada posición en nuestro Parnaso, prueba que el pueblo no tiene receptividad para ese tipo de composición y que esta falta se ha agravado con el crecimiento de la autoridad de ciertos ismos que apuntan hacia el corazón cansado de las formas poéticas tradicionales.